

ción apasionada de los orígenes, considerase la colección de obras, productos más ó menos puros del genio hebreo, que desde el Génesis al Apocalipsis forman, según el punto de vista en que uno se coloque, como el más hermoso de los libros sagrados ó la más curiosa de las literaturas. Después de tantos admirables trabajos emprendidos por la inteligencia de la antigüedad griega, latina y hasta oriental, ¿cómo no se habría pensado en la Biblia? ¿Cómo rehuir el examen del más precioso monumento que nos queda sobre la más interesante de las antigüedades? Hubiera sido cosa imposible detener el espíritu humano en esta pendiente. Sin embargo, como la ortodoxia era aún la ley de la vida exterior y hasta de la mayor parte de las conciencias, fueron creyentes los que en un principio intentaron la crítica bíblica. Sencilla ilusión que prueba cuando menos la buena fe de los que emprendieron esta tarea, y más aún la fatalidad que arrastra al espíritu humano, comprometido en las vías del racionalismo, á un rompimiento con la tradición que al principio rechaza.

I

La crítica tiene dos maneras de acometer un relato maravilloso (aceptarlo tal como es, no hay que pensar en ello, pues su esencia es la negación de lo sobrenatural): 1.^a Admitir el fondo del relato, pero explicarlo teniendo en cuenta el siglo y las personas que nos lo han transmitido y las formas consagradas en tal ó cual época para expresar los hechos; 2.^a dudar del relato mismo y dar cuenta de su formación sin concederle valor histórico. En la primera hipótesis se procura explicar la materia

misma de la historia; por consiguiente, se supone la realidad de esta materia. En la segunda, sin pronunciarse de modo alguno acerca de aquella realidad, se analiza como un simple hecho psicológico la aparición del relato; se le considera como un poema, todas cuyas sus piezas han sido creadas por la tradición, que no tiene ó no puede tener otra causa más que los instintos de la naturaleza espiritual del hombre. En exégesis bíblica se da á los que siguen el primer método el nombre de *racionalistas* (porque sólo ellos al principio se opusieron á los supernaturalistas), y se reserva á los partidarios del segundo el nombre de *mitólogos*.

El primer modo de explicación, cuyo empleo exclusivo no podía dejar de conducir á puntos de vista singularmente estrechos, sólo fué conocido de la antigüedad. Evhémere ha dado su nombre al sistema que, en la interpretación de los mitos, sustituye los hechos naturales á las tradiciones maravillosas. La exégesis protestante fué en un principio puro evhémerismo. Un hombre cuyo nombre no ocupa en la historia del espíritu humano el lugar que merecería, Eichborn, fué el primero en aplicar á la Biblia este sistema de interpretación. Los progresos de la historia y de la filosofía le habían puesto en la alternativa de admitir la intervención divina en todos los pueblos en su edad primitiva ó negarla en todos. Entre todos los pueblos antiguos, observaba, lo que era inesperado y no comprendido, se atribuía á la Divinidad; los sabios vivían en comunicación continua con seres superiores. Fuera de la historia hebraica, nadie está tentado á creer en la verdad literal de relatos semejantes. Pero, evidentemente, añadía Eichborn, la razón exige que se trate á los hebreos y á los no hebreos de igual manera; de suerte que es preciso ó colocar á

todos los pueblos durante su infancia bajo la acción de seres superiores ó no creer en tal influencia en ninguno de ellos. Admitir un supernaturalismo común á todas las naciones, es crear un mundo de fábulas. Lo que háy, pues, que hacer, es concebir los relatos antiguos según el espíritu del tiempo que nos los legara. Sin duda, si estuviesen escritos con la precisión de nuestro siglo, sería preciso ver en ellos ó una intervención real de la divinidad ó una mentira inventada para hacer creer en semejante intervención; pero proviniendo de una época en la que no había crítica, esos sencillos documentos se explican sin artificio y conforme á las opiniones admitidas en el tiempo en que fueron redactados. Para poseer la verdad, se trata sólo de traducir en nuestra lengua la de los antiguos. En tanto el espíritu humano no había penetrado aún la verdadera causa de los fenómenos físicos, lo derivaba todo de las fuerzas sobrenaturales: los pensamientos elevados, las grandes resoluciones, las invenciones útiles, y sobre todo los sueños de imaginaciones vivas provenían de un Dios. Y no era solamente el pueblo el que admitía estas fáciles explicaciones: los hombres superiores mismos no tenían duda alguna á este respecto, y se vanagloriaban con plena convicción de sus relaciones con la Divinidad.

Bajo los maravillosos relatos de la Biblia, es menester, decía Eichborn, buscar hechos naturales y sencillos, expresados según las costumbres de los pueblos niños. Así el humo y el fuego del Sinaí no fueron otra cosa más que una hoguera que Moisés encendió en la montaña para excitar la imaginación del pueblo, y con la cual, por casualidad, coincidió una violenta tempestad; la columna luminosa era una antorcha que llevaban al frente de la caravana, la aparición radiante del legislador fué una conse-

cuencia del gran resplandor, y él mismo, que ignoraba la causa, vió en ella, con el pueblo, algo de divino.

Era ya un paso inmenso haber sujetado el cuerpo de las escrituras hebraicas al mismo método de interpretación que el resto de las obras del humano espíritu, por defectuoso que aún fuese este método de interpretación. Fué menester tiempo para atreverse á tratar de la misma manera los escritos del Nuevo Testamento, compuestos en una época más próxima á nosotros, y objeto de una veneración más especial. Eichborn, como todos los reformadores, se detuvo al primer paso y no aplicó sino muy tímidamente el método racionalista á los hechos evangélicos; apenas se atrevió á proponer interpretaciones naturales para algunos relatos de la historia de los apóstoles, como la conversión de San Pablo, el milagro de Pentecostés, las apariciones angélicas. Fué en 1800 cuando el Doctor Paulus entró á velas desplegadas en este mar nuevo y echó las primeras bases de una historia crítica de Jesús. Paulus distinguió con mucha penetración lo que en una narración es hecho (elemento objetivo) y juicio del narrador (elemento subjetivo). El hecho es la realidad que sirve de fondo al relato; el juicio del hecho es la manera como el espectador ó narrador lo ha apreciado, la explicación que á él mismo se ha dado, la manera, en una palabra, como el hecho se ha refractado en su individualidad. Los Evangelios, según Paulus, son *historias* escritas por hombres crédulos bajo el imperio de una imaginación viva. Los evangelistas son *historiadores* á la manera de esos sencillos testigos que, refiriéndonos el rasgo más simple, no pueden prescindir de presentárnoslo con las adiciones de su gusto. Para dar con la verdad, es preciso colocarse en el punto de vista

de la época y separar el hecho real de los embellecimientos que la fe crédula y el gusto de lo maravilloso le hayan añadido. Paulus se atiene firmemente á la verdad histórica de las relaciones; se esfuerza para introducir en la historia evangélica un riguroso encadenamiento de fechas y hechos; pero estos nada tienen que exija una interpretación sobrenatural. Para él, Jesús no es el Hijo de Dios en el sentido de la Iglesia, sino que es un hombre sabio y virtuoso; no son milagros lo que él realiza, sino actos ora de bondad y de filantropía, ora de habilidad médica, ora de suerte y de buena fortuna.

Algunos ejemplos harán comprender lo que tal exégesis, á las veces ingeniosa, tenía con frecuencia de sutil y de forzada. Tomemos primeramente el relato del Evangelio sobre el nacimiento de Juan Bautista: esta narración encierra dos hechos sobrenaturales y por consiguiente inaceptables, la aparición del ángel y la repentina mudéz de Zacarías. Los exégetas de que hablamos explican la aparición del ángel por las leyes habituales de la angelofanía. Para unos fué un hombre quien dijo al padre de Juan Bautista lo que aquél atribuyó á un mensajero celeste; para los otros fué un ensueño; para otros un éxtasis ó alucinación provocada por el estado mental en que se encontraba ó por la función religiosa que cumplía. Excitada la inteligencia en la semiobscuridad del santuario, piensa mientras ora en el objeto de sus anhelos más ardientes; espera ser atendido, y por consiguiente, está dispuesto á ver un signo en cuanto pueda presentársele. El humo del incienso, iluminado por las lámparas, forma figuras; el sacerdote se imagina ver un sér celeste que al principio le espanta, pero de labios del cual cree bien pronto escuchar prome-

sas consoladoras. Apenas comienza á nacer en su corazón una ligera duda, cuando el escrupuloso Zacarías se considera culpable de incredulidad y se cree amonestado por el enviado de Dios. En cuanto á la mudéz, cabe una doble y posible explicación: una apoplejía súbita paralizó realmente la lengua de Zacarías, lo que él mira como un castigo de sus dudas, ó bien Zacarías por una superstición judía se privó él mismo durante algún tiempo el uso de la palabra, que se acusa de haber empleado mal. Todos los detalles del relato son de esta suerte considerados como reales, pero explicados sin milagro: los nuevos exégetas no pensaron un momento en preguntar si el relato en cuestión era una ficción concebida sobre el molde de las circunstancias que el Antiguo Testamento coloca en el nacimiento de todos los grandes hombres.

Tomemos también por ejemplo el relato del Evangelio sobre el ayuno que Jesús se dice prolongó durante cuarenta días. A creer á los racionalistas, *cuarenta* era un número redondo para significar varios días, ó bien la abstinencia no fué completa y no excluyó las hierbas y las raíces. Hasta uno de ellos hizo observar que está bien decir que Jesús nada comió, pero no que nada haya bebido. Ahora bien, añadía, se ha visto á un entusiasta sostenerse durante cuarenta y cinco días con agua y thé, sin ningún alimento.

Los otros hechos maravillosos de la vida de Jesús eran explicados de una manera análoga. La luz celestial de los pastores de Belén no fué nada más que una linterna que se les puso ante los ojos. La estrella de los magos fué un cometa, y si se ha dicho que la estrella les acompañó en su viaje, esto debe entenderse como dicho con referencia al fanal que llevaban delante durante la noche. Cuando se

refiere que Jesús anduvo sobre el mar, esto quiere decir que alcanzó á sus discípulos á nado ó caminando por la orilla. Otra vez calma la tempestad, cogiendo el timón con mano fuerte. La multiplicación de los panes se explica por depósitos secretos ó por provisiones que los auditores tenían en sus bolsillos. Los ricos tenían demasiado; los pobres tenían demasiado poco ó nada absolutamente. Jesús, como verdadero filántropo, aconsejó que la comida se pusiera en común, y hubo para todo el mundo. Los ángeles de la resurrección no fueron otra cosa más que sudarios blancos que las piadosas mujeres tomaron por seres celestes. La ascensión fué del mismo modo reducida á las proporciones de un hecho natural por la hipótesis de una neblina, á favor de la cual Jesús se escapó, pasando al otro lado de la montaña.

Era ciertamente esa una estrecha exégesis bien poco propia para salvar la dignidad del carácter de Jesús, exégesis llena de sutilidades, fundada sobre el empleo mecánico de algunos procedimientos (éxtasis, relámpago, tormenta, nube, etc.); exégesis por otra parte bien inconsecuente desde el punto de vista teológico, pues si los narradores sagrados no merecen fe alguna sobre las circunstancias, ¿por qué empeñarse tanto acerca de la veracidad del fondo del relato? Los errores de detalle no son más compatibles que las imposturas con la inspiración del Espíritu Santo. No se tardó en reconocer la insuficiencia de un método de interpretación tan mezquina. Eichborn mismo, el padre del evhémerismo bíblico, reconoció la necesidad de una exégesis más amplia para algunas partes de los libros del Antiguo Testamento, y particularmente para las tradiciones relativas á la creación y á la caída del hombre. Después de haber intentado diversas expli-

caciones naturales de esas tradiciones, y de haber sostenido como teólogo escrupuloso que sería indigno de la divinidad haber dejado insertar un fragmento mitológico en un libro revelado, reconoció la puerilidad de semejantes tentativas y no vió en el relato precitado más que la traducción mítica de este pensamiento filosófico: el deseo de un estado mejor es la fuente de todo el mal en el mundo.

II

La explicación llamada racionalista había podido satisfacer la primera necesidad de atrevimiento que experimentaba el espíritu humano al tomar posesión de un terreno largo tiempo prohibido. Pero la experiencia debía bien pronto revelar los insostenibles defectos, la sequedad, la grosería. Jamás se había realizado mejor la ingeniosa alegoría de las hijas de Mineo, trocadas en murciélagos por haber criticado como cosas serias las creencias vulgares. Hay tanta hombría de bien y credulidad, pero mucha menos poesía en discutir pesadamente la leyenda en sus detalles, como en aceptarla una vez por todas en su conjunto. Tratamos con razón de bárbaros á los hagiógrafos del siglo XVII, que, escribiendo la *Vida de los Santos*, admitían ciertos milagros y rechazaban otros como muy difíciles de creer. Claro es que con este principio hubiera sido preciso rechazarlos todos, y á una crítica mezquina que violenta los textos por no ser más que medio razonable, preferimos, desde el punto de vista de la estética, la manera de la *Santa Isabel* de M. de Montalembert, en que las fábulas son recogidas sin distinción, de suerte tal que á las veces es dudoso si el autor lo cree todo ó no cree nada de ellas. Se queda